

CUENTOS Y RELATOS DE HORROR
VARIOS AUTORES

CUENTOS Y RELATOS DE HORROR VARIOS AUTORES

LIBRO *dot*.com
<http://www.librodot.com>

OBRA COLABORACIÓN DE USUARIO

Esta obra fue enviada como donación por un usuario.
Las obras recibidas como donativo son publicadas como el usuario las envía,
confiando en que la obra enviada está completa y corregida debidamente por quien
realiza la contribución.

LOS HOMBRES QUE BAILAN CON LOS MUERTOS

ATTILIO GATTI

LOS MAYORES ASESINOS

Los cocodrilos, gorilas, búfalos, leones, leopardos, serpientes y elefantes se cobran todos los días en Africa un tributo de vidas humanas que no es muy inferior al que pagan los hombres en aquel continente a enfermedades tropicales, como la fiebre de la selva y la fiebre amarilla, el *sodoku y kala—azar*, la lepra y la enfermedad del sueño, por nombrar sólo unas pocas.

Sin embargo, por lo que se refiere al Africa Central, tengo la firme convicción de que, entre todas las fieras y todas las epidemias juntas, no causan tantas víctimas en hombres, mujeres y niños de la raza negra como las sociedades secretas con sus odiosos crímenes.

¡Que nadie se llame a engaño! Estas antiguas sectas, que tienen su origen en un remoto pasado de crueldad, lujuria y barbarie, siguen siendo hoy mismo, a pesar de todos los esfuerzos de lo que llamamos civilización, unas asociaciones de los mayores y más implacables asesinos.

Estas fuerzas malignas operan en todas partes y su poder se acrecienta con su invisibilidad. Se ocultan entre las multitudes negras que hormiguean en los arrabales de las pequeñas ciudades y de las explotaciones mineras que están en plena actividad; se filtran en todas las tribus desparramadas a lo largo de los ríos, a orillas de los lagos, en los bosques, llanuras y selvas; se recatan entre los mismos indígenas que los blancos tenemos a nuestro servicio o vemos pasar desde el camión.

Para demostrar esto que afirmo voy a relatar un episodio espantoso que nadie, que yo sepa, ha hecho público hasta ahora.

Se trata de la historia horrible, pero absolutamente auténtica y exacta hasta en sus menores detalles, fuera de cambios deliberados de nombres, del poblado de Mohoko. Sin embargo, el lector que quiera explicarse bien cómo es posible que los espeluznantes e implacables asesinatos de las sectas secretas sigan realizándose hoy día en el Congo en una gran escala y con casi absoluta impunidad, debe empezar por conocer las condiciones generales de vida en aquel país. Concretemos el caso a la región de los Watza, en la que yo residí por espacio de varios meses durante una de mis últimas expediciones.

El poblado del jefe Mohoko se hallaba enclavado en ese territorio, tan extenso como Bélgica, y que es la única población de importancia. Se compone de una docena de chozas, en las que están instalados comerciantes griegos e indios, y de una docena de malas casas de ladrillo en las que viven funcionarios belgas, entre los que se cuentan un médico, un veterinario, el empleado de correos, el recaudador de impuestos y unos cuantos representantes más del Gran Dios Balduque, ninguno de los cuales tiene nada que ver con el gobierno de los indígenas. Completan la población un hospital, una pequeña casa misional, algunos edificios en los que está instalada la Administración, el Tribunal, la cárcel y una choza muy amplia para la “guarnición”.

Pero el Administrador y sus dos ayudantes tienen que gobernar a una masa humana de 30.000 a 40.000 personas. No puedo dar cifras exactas, pero éstas que cito son las mismas que oí en boca del Administrador Territorial, señor Van Veerte. Coincidiendo con mi estancia en el país se estaba procediendo a la ocupación permanente de grandes extensiones de territorio; y, como es natural, no disponía aquel señor ni de tiempo ni de medios para llevar a cabo un censo exacto de la población, que se mostraba muy poco dócil.

Van Veerte, lo mismo que sus antecesores, conocía de una manera superficial un par de los diecisiete dialectos hablados entre las tribus que estaban bajo su autoridad. Por eso tenía que entenderse siempre con los indígenas por medio de su intérprete Sankuru, natural del país, que llevaba muchos años de policía.

Todo el mundo hablaba de la lealtad de Sankuru. Siendo joven, combatió a las órdenes de Stanley, cuando el gran explorador norteamericano abrió la región del Congo al dominio del rey Leopoldo II. Tanto el rey Alberto como el rey Leopoldo III tuvieron a gala, en sus visitas casuales a la colonia, el prender una nueva medalla a la blusa azul de Sankuru; medallas que éste, a pesar de su anciana edad, ostentaba con dignidad propia de un monarca.

Sankuru lo sabe todo y conoce a todos. Y lo que no sabe de primera mano lo averigua por medio de uno u otro de los veinticuatro policías indígenas que eligió, entrenó y que están a sus órdenes. Téngase esto en cuenta: los Administradores pasan, pero Sankuru sigue siempre en su puesto. Por eso los Administradores hacen lo que Sankuru susurra en el oído blanco en el momento propicio.

No niego que Van Veerte se aconseja mucho y se informa a través de la Misión católica, que funciona de muchos años atrás, y también del médico, aficionado a la etnografía local. Pero lo que el padre José conoce, lo sabe a través de Basiri, un catequista con cabeza de gorila; y la fuente de información del doctor Gablewitch es Manuel, su ayudante; y, del mismo modo, la enciclopedia viva de Van Veerte es Sankuru, su intérprete, jefe de su policía... y su gacetillero.

Todo marcharía como la seda si entre Sankuru, Manuel y Basiri no existiese una vieja enemistad cuyos orígenes nadie ha logrado averiguar, pero que sigue hoy tan viva como el primer día. Los tres se odian profundamente, y cada cual susurra con frecuencia al oído de su propio amo el cuento de las pequeñas faltas de que se han hecho culpables sus enemigos de toda la vida.

Los tres hombres blancos no fomentan abiertamente estas rivalidades, pero se aprovechan en todo momento de las mismas. No los censuro, ni quiero dar a entender con esto que no son muy buenos amigos. Todo lo contrario. En cuanto alguno de ellos se entera de algo referente al servidor del otro, hace cuestión de honor el poner al corriente al interesado. El padre José se acaricia la roja barba, quejándose de la falta de caridad cristiana de aquellos paganos, y excluyendo de esta apreciación, como es natural, a Basiri, cuyas palabras son casi el Evangelio. El doctor Gablewitch, por su parte (el doctor es un polaco de muy buen corazón), se ríe a carcajadas y asegura que todos los indígenas son unos soberanos embusteros; todos, menos su ayudante.

Y el administrador no se toma siquiera la molestia de decir a los otros que Sankuru es hombre que merece absoluta confianza, y se frota las manos de gusto, si no materialmente, por lo menos con el pensamiento. Porque está profundamente convencido de que aquella enemistad entre los tres aliados negros de las autoridades blancas es un hecho que ofrece grandísimas ventajas.

.....

Había yo llegado a desentrañar este curioso estado de cosas, cuando organicé una corta expedición de caza que debía tener lugar en Mohoko. Estando ya a punto de emprender mi *safari*, se me acercó Manuel, el ayudante del doctor Gablewitch, diciéndome que su amo le había mandado que fuese a Mohoko. ¿Había inconveniente en que se sumase a mi *safari*? Me aseguró que podía serme útil, porque conocía muy bien el camino. Agregó que había estado muchas veces en aquella región, aunque no en el mismo Mohoko.

No me fijé de momento en la excesiva insistencia que ponía al decirme esto último, pero andando el tiempo hube de recordarlo. Estaba muy atareado arreglándolo todo para salir cuanto antes, y no tenía tiempo para perderlo en conversaciones. Me limité a decirle que sí y nos pusimos en camino.

Llegué a Mohoko y me encontré con una pequeña comunidad de unos doscientos indígenas, ariscos, primitivos, pero inofensivos.

Aunque el trato que mantenía con la tribu era muy superficial, me sorprendió desagradablemente el observar que había entre ellos un gran número de idiotas. Y no me sorprendió menos el que la comunidad los alimentase y cuidase muy bien, porque estaba

acostumbrado a ver que en Africa los enfermos incurables quedan relegados a la categoría de parias, de los que todo el mundo se desentiende.

Había hecho yo a Van Veerte el ofrecimiento de que, mientras anduviese por allí, realizaría con mucho gusto un censo preliminar y se lo enviaría. Me imaginé que sería juego de niños, y lo dejé para el último día. Pero cuando empecé la tarea vi que era una cosa complicadísima.

El jefe me recibió agriamente. Y me dijo, además, que estaban enfermos. Las mujeres se mostraron mohínas, los hombres se declararon casi abiertamente hostiles, y los chicos recelosos. Y aquellos idiotas, tan gordos y reacios a moverse, lo complicaban todo llevándome la contraria, permaneciendo en su sitio cuando yo les mandaba que se apartasen y metiendo la nariz cuando menos los necesitaba.

Sintiéndome incapaz de desenredar aquel embrollo, acabé pidiendo ayuda a Manuel. Éste se prestó muy solícito y reunió a toda la población, arengándoles con la mayor energía en su dialecto local. Yo no entendí una palabra, pero lo que Manuel les dijo surtió mucho mayor efecto que mis coléricas charlas en *kingwana*, que es el esperanto de la región. El jefe pareció despertar, todos formaron en línea, y, aunque estaba oscureciendo, obtuve en menos de una hora resultados tangibles.

Conservo los totales en mi diario: Hombres, 42 casados, 19 solteros; mujeres, 78 casadas, 35 solteras núbiles; niños, 44 de uno y otro sexo.

Saqué la impresión de que al menos el cincuenta por ciento de las hembras y el diez por ciento de los varones eran imbéciles, o quizá que estaban atacados de alguna enfermedad desconocida para mí, aunque se hallaban, siquiera en apariencia, bien alimentados.

Manuel, con la suficiencia de un médico, me dijo:

—Es la enfermedad del sueño.

Agregó que por eso no los había evacuado, porque temía que la vacuna fuese un obstáculo para las inyecciones que el *Bwana* médico habría de ponerles más adelante. Aquello era un puro disparate, porque no existía la mosca *tsé—tsé* en aquella parte del país. Pero era inútil discutir sobre estas cosas con un indígena que desempeñaba las funciones de algo así como enfermero.

Me fijé de pronto en la esposa más joven del jefe, que iba y venía tímidamente a mi alrededor. Tuve la impresión de que quería decirme alguna cosa importante, pero que titubeaba, sin atreverse a dirigir la palabra al hombre blanco. Por fin lo hizo, pero no tuvo tiempo de explicarse, porque apenas habló dos palabras la cogió Manuel del brazo, gritándole que volviese a su choza. Quise intervenir, pero ella se libró de las manos de Manuel y echó a correr, tan asustada y recelosa que no quiso volver ni aun cuando le envié a decir por éste último que viniese.

Regresamos a Watza, y al llegar a las primeras casas del poblado presenciamos una escena curiosa.

Van Veerte, seguido a cierta distancia por su jefe de policía, se dirigía hacia su despacho. Se detuvo para cambiar conmigo algunas palabras. De pronto, como si se acordase de algo, se volvió buscando a Manuel, el cual se encaminaba ya hacia la casa del doctor, dando un rodeo para no encontrarse con Sankuru.

—¿Dónde está ese hombre? —preguntó Van Veerte.

La cara de Manuel adquirió una expresión tan elocuente de sorpresa que bastaba para que el Administrador comprendiese que no adivinaba el sentido de su pregunta.

Inesperadamente se abalanzó Sankuru hacia Manuel, chillando:

—Yo te di la orden de que al volver trajeses contigo al llamado Loko—Loko. Te dije que el *Bwana* Administrador quería que compareciese ante el tribunal.

Manuel, tan cortés y bien mirado de ordinario, sufrió una desconcertante transformación. Fue tan extraordinario el cambio que tanto el Administrador como yo nos quedamos por un momento mudos y atónitos escuchando el torrente de insultos y maldiciones que salieron de su boca, contorsionada por el furor.

También Sankuru perdió el dominio de sí mismo. Su actitud respetuosa y casi meliflua desapareció. Lo único que comprendimos fue que los dos viejos rivales se acusaban el uno al otro de ser los más cochinos embusteros, y no sé cuántas cosas más, de todo el país.

Un grito de Van Veerte impuso silencio y el chasquido de su látigo obligó a los dos hombres a salir corriendo en direcciones opuestas. El Administrador se rascó la cabeza:

—No me lo explico. Ese individuo, Loko—Loko, tenía que comparecer ante el tribunal para responder de una acusación sin importancia, pero no se presentó. Al saber que Manuel iba a Mohoko, encargué a Sankuru que le dijese que al volver trajese consigo a Loko—Loko. Suponiendo que Sankuru olvidase mi orden, o, lo que es más probable, que Manuel no quisiese ejecutar el encargo, ¿a santo de qué ha venido esta riña entre ellos?

Iban a ocurrir de allí en adelante muchas cosas que ni Van Veerte ni nadie podía explicarse.

Empezando por los juramentos que hizo Manuel, afirmando que Loko—Loko no se encontraba en aquel poblado.

Y porque los dos policías que fueron enviados inmediatamente para que procediesen a la detención de aquel individuo no regresaron, como debían, a los cuatro días.

Pasados tres días más, destacó el Administrador al mismo Sankuru con órdenes terminantes de traer a Loko—Loko, a los dos policías y, para hacer un escarmiento, al jefe mismo de Mohoko.

Transcurrió una semana. Por fin regresó Sankuru. Venía cansado, abatido... y con las manos vacías. Todos los que había ido a buscar habían desaparecido.

—Pero esto es un desatino —gritó enojado Van Veerte—. ¿También el jefe ha desaparecido? ¿Se ha ausentado sin permiso mío? ¡*Verdemte!*

Sankuru tragó saliva, como si tuviese que hacer un esfuerzo doloroso para continuar su informe. Se quejó de que en el poblado de Mohoko no le quisieron ni escuchar. Llegaron hasta amenazarle con matarlo a palos si no se largaba de allí enseguida. Y él, que había luchado a las órdenes de Stanley y había sido condecorado por dos reyes blancos, tuvo que apelar a la fuga para salvar la vida.

Las palabras de aquel hombre, el tono patético de su voz, la expresión de vergüenza que se retrataba en su rostro arrugado, habrían estremecido al hombre más duro. Pero, mientras hablaba, me cruzó por la cabeza un recuerdo. El de la más joven de las esposas del jefe. ¿Qué sería lo que quería decirme?

Creí que era mi deber informar a Van Veerte, y en cuanto Sankuru dio fin a su informe y se retiró, le conté la extraña actitud del jefe y cómo su joven esposa había intentado hablar conmigo.

Cada palabra mía no hacía sino aumentar la inquietud del Administrador. Cuando acabé de hablar gruñó:

—Aquí ocurre algo grave, muy grave.

No tardó en poner al corriente de todo al doctor y al padre misionero. También éstos se manifestaron intranquilos.

El misionero se acarició la barba y dijo:

—Con lo que he oído hasta ahora, me basta para que desee acompañarle a usted, si es que decide ir a Mohoko.

—También yo le acompañaré —dijo el doctor.

La “tropa” que el Administrador tenía a sus órdenes ascendía a la cifra de un sargento y cinco soldados. Se los llevaría a todos de escolta, dejando la cárcel de Watza sin otra guardia que algunos policías. Quizá se viese en la necesidad de hacer frente a una sublevación y de sofocarla con sólo aquellas fuerzas y los dos blancos que le acompañarían con sus leales criados.

La cara de Van Veerte era de ordinario inexpresiva, pero yo adivinaba lo que ahora estaba pensando. Por eso no me sorprendió que aceptase la colaboración de todos los que se ofrecieron a ir con él, e incluso la mía.

A los dos días, tomadas las medidas necesarias, salimos todos juntos. En la tarde del segundo acampamos a dos horas de distancia, más o menos, del poblado de Mohoko.

A la mañana siguiente avanzamos con toda clase de precauciones. El sargento y los soldados iban delante, por si nos habían tendido alguna emboscada. Los policías formaban la

extrema retaguardia de la columna, para impedir que, si nos atacaban con flechas y lanzas envenenadas, los peones de transporte tirasen sus cargas y saliesen huyendo.

A medida que avanzábamos se iba haciendo más siniestro el silencio que nos rodeaba. No se veía aún el poblado, aunque lo teníamos tan cerca que hubiéramos debido oír voces y gritos.

Nos hallábamos en la última curva de un sendero bastante empinado, cuando llegó hasta nosotros un grito. Era el sargento quien lo había dado, y venía a todo correr hacia nosotros.

Echamos a correr también a su encuentro..., y vimos a los cinco soldados que andaban de un lado para otro por el espacio abierto que antes ocupaba el poblado. Parecían buscar algo; pero ¿cómo es que no veíamos otra cosa que a los cinco soldados?

El poblado había desaparecido.

EL CASO DEL PUEBLO DESAPARECIDO

Parecerá descabellado lo que cuento, pero era la pura verdad. Ya no estaba allí el poblado.

Mis ojos atónitos, que veinte días antes habían visto allí una gran choza destinada a las reuniones y el palabreo, unas ochenta chozas grandes, decenas de graneros y gallineros, no descubrían ahora más que un campo desolado en el que se divisaban algunas ruinas carbonizadas. De la población, anda; los 218 habitantes se habían esfumado. Hombres, mujeres y niños. Se habían largado todos.

"¿Adónde? ¿Por qué razón?", nos preguntábamos unos a otros.

Prescindiendo del por qué, no encontrábamos indicación alguna del dónde.

Después de una búsqueda de dos horas, regresaron Sankuru y sus policías muy abatidos, asegurando que aunque ellos tenían más experiencia que los soldados en estas cosas, tampoco habían podido hallar el rastro. Ni siquiera podían señalar la dirección probable, porque la tribu había borrado y confundido con mucho cuidado sus huellas.

Van Veerte estaba en ascuas. No es posible reproducir en letra impresa los comentarios que hizo, aunque en esencia venían a resumirse en que no era posible que desaparecieran así como así 218 personas.

Pero el hecho es que habían desaparecido, tan completa y definitivamente que parecía que nadie sería ya capaz de aclarar semejante misterio, y que sólo quedaría memoria de él en algún archivo polvoriento y en el epitafio oficial que marcaría el fin de la carrera colonial del señor Van Veerte.

Por suerte para la majestad de la justicia y para la carrera del Administrador, había tenido yo un buen día el capricho de ir a cazar cerca del poblado de Mohoko, brindándome al propio tiempo a hacer un pequeño servicio al Administrador. Esto alteró por completo el curso de las cosas, aunque no quiero atribuirme por ello ningún mérito.

Algunas preguntas que había hecho a los indígenas y algunos datos que había recogido; la tentativa que hizo para hablarme la esposa joven del jefe y su fuga; la escena entre Sankuru y Manuel; la extraña desaparición de Loko—Loko y de los dos policías enviados en su busca... Con estos frágiles hilos iniciaron su fatigosa investigación los dos magistrados que destacó, al conocer lo ocurrido, la Administración de la provincia.

Muy poca cosa, en resumidas cuentas. Pues bien: estos hechos insignificantes fueron la clave que condujo al descubrimiento de uno de los más espeluznantes misterios del Congo, según pudo verse al final.

Tuve la suerte de seguir desde el principio aquella investigación, que resultó hasta el último momento llena de emociones.

Pronto llegamos todos nosotros a convencernos de que la desaparición de Mohoko era obra de una sociedad secreta. Pero nadie sabía de qué secta se trataba, aunque era evidente que dominaba con mano de hierro a las poblaciones de todos aquellos alrededores. Hasta Sankuru y sus policías, Basiri y Manuel, fuentes habituales de información que nunca fallaban, parecían ahora incapaces de dar con una clave, sorprender una palabra indiscreta o

proporcionar un dato cualquiera. Nos hallábamos frente a una conspiración de silencio aterrorizado que ni las promesas ni las amenazas lograban romper.

El doctor Gablewitch y el padre José empezaron a visitar, pueblo por pueblo, todos los de la región. Iban en apariencia para llevar a los indígenas sus consuelos médicos y espirituales; pero, en realidad, para llevar a cabo, como pudiesen, un censo de cada tribu y para tomar rápida nota de cualquier señal o coincidencia sospechosa que pudiera llamar su atención.

Nada de particular descubrieron en los seis primeros poblados que visitaron.

Pero en el séptimo, mientras el doctor se hallaba entregado a sus tareas médicas, observó que un indígena intentaba escabullirse de puntillas por detrás de la choza, con la evidente intención de que no le viese. Despachó en el acto un policía en su persecución, porque el indígena echó a correr al verse descubierto. Aquél lo alcanzó y se lo trajo a rastras. El indígena gruñía y jadeaba.

El doctor Gablewitch se fijó en los tatuajes circulares que llevaba en el torso; parecían del mismo estilo que los que yo le había explicado que eran frecuentes en Mohoko.

El buen doctor, que gustaba de las bromas pesadas, compuso un rostro terriblemente amenazador y rugió:

—Tú escapabas, y eso demuestra que eres culpable. En castigo, te voy a poner ahora una inyección que te mate con una agonía lenta y espantosa.

El indígena dejó de forcejear y se quedó suspenso; pero en cuanto vio que el médico cogió en sus manos una jeringa llena de suero, dio un salto atrás, dando alaridos y pugnando a brazo partido por desasirse de los policías. Viendo que no lo conseguía, gritó:

—¡No, *Bwana*, por favor! ¡Diré lo que sé!

Estas fueron las últimas palabras que pudo pronunciar. El doctor sintió el silbido de algo que pasaba junto a su oreja..., y una flecha se clavó en el corazón del preso. El veneno en que estaba impregnado causó un efecto instantáneo.

Se produjo una enorme confusión.

Salió para aquel lugar un magistrado, pero tardó un día entero en llegar. Los dos blancos, sus criados y los policías no habían conseguido dar en aquellas veinticuatro horas con una clave. Peor aún: al pedir el magistrado al médico sus notas, éste no las encontró. Habían desaparecido las listas de nombres, familias, inyecciones, tatuajes y todas las demás observaciones que había hecho.

El magistrado dio orden a los soldados de que reuniesen a toda la población. Pero Garao era un pueblo que nos reservaba sorpresas. El número de los individuos que aparecían con vacunas recientes era bastante superior a la cifra que el doctor recordaba haber vacunado.

—¡Tráiganme al jefe! —ordenó muy escamado el juez.

Todos salieron llamando al jefe, pero éste no apareció ni supo nadie decir dónde andaba.

El magistrado gritó a Sankuru:

—¡Tráeme volando al jefe! Como no esté aquí dentro de diez minutos...

Pero transcurrieron diez minutos, y veinte, sin que apareciese. Y fue por último el magistrado mismo quien tuvo que ir a verlo... en un pequeño calvero donde lo encontraron Sankuru y sus policías, en medio de un charco de sangre, con la garganta destrozada por horribles zarpazos de un felino.

—Un *akkha* —murmuró Sankuru.

Y al mismo tiempo señaló unas huellas del feroz leopardo de las montañas de aquella región, que estaban claramente marcadas aquí y allá en el fango, alrededor del cadáver todavía caliente.

—Un *akkha* lo ha matado —repitió con semblante lívido, y al decirlo se restregó las manos una y otra vez en la blusa azul de su uniforme.

Basiri exclamó entonces:

—¡Ese majadero ha tocado el cadáver!

El magistrado miró a Sankuru y vio las manchas de sangre. Esto le produjo una repentina turbación, y volvió la vista hacia otro lado. Pudo así descubrir la causa del súbito silencio que se había producido a su alrededor. La bulliciosa multitud de indígenas que había ido en pos de él hasta el lugar en que fue hallado el cadáver se había esfumado.

Había bastado que se pronunciase una sola palabra: “¡*Akkha!*” para que se desbandasen todos sin abrir la boca.

A nadie engañó aquella muerte del jefe de Garao. Los animales carnívoros no atacaban jamás al hombre en pleno día y en los alrededores del poblado. Aquello era cosa de los *Hombres Akkha*, los feroces asesinos que acostumbraban a emboscarse en espera de sus víctimas para clavarles en el cuello unas garras de hierro que se atan a las manos; los *akkhas*, que se cubren la cabeza con una piel del auténtico leopardo para disfrazar así su personalidad; los *akkhas*, que una vez cometido el crimen dejan impresas en el lugar unas huellas falsas de felino hechas con un bastón tallado, borrando antes con sumo cuidado las suyas propias.

Era un asesinato más.

Desde aquel momento, los crímenes se sucedieron rápidamente unos a otros. Conforme avanzaba la investigación, se iban amontonando los cadáveres. ¡Hasta el número de cuarenta y siete! Y sin encontrar jamás un rastro, fuera de algunas huellas de *akkha*, y esto sólo en algunos casos. Indicaciones que pudiesen guiar las pesquisas, ninguna. A menos que...

Sí, *algo* había. Cuarenta y cinco de los cuarenta y siete asesinados tenían la marca de haber sido vacunados, y dieciocho de los hombres estaban tatuados con círculos. Dos había que no presentaban señal de haber sido vacunados, pero al examinar sus cadáveres observó el doctor un detalle curioso.

Ambos tenían el relieve de una cicatriz igual en el estómago, un poco más arriba del ombligo.

Manuel, el ayudante del médico, brindó una explicación posible de aquel hecho. La vacuna asustaba en un principio a los indígenas, pero luego se dieron a pensar que tal vez fuese una gran operación de magia de los blancos. Entonces, algunos de los que no habían sido vacunados querían gozar de una protección parecida a la que la vacuna proporcionaba, y se dirigían al hechicero, y éste les haría una incisión abdominal, embutiendo en ella algunos de sus sucios medicamentos.

Pero, ¿y los tatuajes de los dieciocho restantes? ¿Qué sentido tenían? ¿Y qué se podía deducir del hecho de que ninguna de las víctimas hubiese escapado de la vacunación de Manuel o a la del hechicero? ¿Se trataba de una simple coincidencia? ¿No nos encontraríamos, según insistían tercamente los magistrados, con alguna pieza del rompecabezas de Mohoko a la que no veíamos aún el sentido?

Entretanto, el magistrado, Van Veerte, el padre y el médico habían sometido a interrogatorios, unas veces con halagos y otras de una manera rigurosa, a un buen millar de indígenas; pero con todo ello estaban en el mismo punto de partida.

También habían encarcelado los magistrados a unos cuantos centenares de indígenas, con la esperanza de que alguno de ellos cediese y hablase. Tampoco este recurso sirvió de nada. Poco a poco tuvieron que ponerlos en libertad a todos. A todos, menos a cierta persona que trajeron en automóvil desde un poblado lejano de otra región, y que quedó encarcelada en la capital de la provincia. Nadie sabía quién era.

Los magistrados me habían pedido, mientras se llevaba adelante la investigación, que les hiciese ampliaciones de todas las fotografías que yo había hecho en Mohoko. Llevé a cabo este encargo, que me costó mucho trabajo. Eran fotografías del jefe de Mohoko y de sus mujeres; de hombres con los torsos tatuados; de un joven cazador al que me encontré cierto día llevando atado a la muñeca un burdo emblema fálico o erótico; del pueblo mismo, etc.

Fue tal la satisfacción de los magistrados al recibir aquellas fotografías que tuve la seguridad de que habían identificado al preso misterioso como a uno de los individuos que desaparecieron con todo el poblado de Mohoko. Y tantas vueltas le di a este asunto que adquirí la casi seguridad de que también yo lo había identificado.

Una tarde, estando la mayor parte de los encargados de la investigación en Watza para tomarse un día de descanso, que se habían ganado muy bien, cogí una de mis ampliaciones y llamé a Bombo, mi chófer en muchas expediciones. Se la enseñé y le dije:

—Fíjate bien en lo que voy a decirte, porque hay en ello una buena *matabisha* para ti. Tú sabes quién es la persona de este retrato, ¿verdad que sí?

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

